



Domingo I de Cuaresma: Las tentaciones de Jesús.

LECTURAS

Lectura del libro del Génesis 9, 8-15

Dios dijo a Noé y a sus hijos:

-Yo hago un pacto con vosotros y con vuestros descendientes, con todos los animales que os acompañaron, aves, ganado y fieras, con todos los que salieron del arca y ahora viven en la tierra. Hago un pacto con vosotros: El diluvio no volverá a destruir la vida ni habrá otro diluvio que devaste la tierra.

Y Dios añadió:

-Esta es la señal del pacto que hago con vosotros y con todo lo que vive con vosotros, para todas las edades: Pondré mi arco en el cielo, como señal de mi pacto con la tierra. Cuando traiga nubes sobre la tierra, aparecerá en las nubes el arco y recordaré mi pacto con vosotros y con todos los animales, y el diluvio no volverá a destruir los vivientes.

Palabra de Dios

SALMO Sal 24, 4-5a. 6-7bc. 8-9 (R.: cf. 10)

R/. Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad, para los que guardan tu alianza.

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas,
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador. **R/.**

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas.
Acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. **R/.**

El Señor es bueno, es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes. **R/.**

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 3, 18-22

Queridos hermanos:

Cristo murió por los pecados una vez para siempre: el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios.

Como era hombre, lo mataron; pero como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida.

Con este Espíritu fue a proclamar su mensaje a los espíritus encarcelados que en un tiempo habían sido rebeldes, cuando la paciencia de Dios aguardaba en tiempos de Noé, mientras se construía el arca, en la que unos pocos -ocho personas- se salvaron cruzando las aguas.

Aquello fue un símbolo del bautismo que actualmente os salva: que no consiste en limpiar una suciedad corporal, sino en impetrar de Dios una conciencia pura, por la resurrección de Cristo Jesús Señor nuestro, que está a la derecha de Dios.

Palabra de Dios



Domingo I de Cuaresma: Las tentaciones de Jesús.

+ Lectura del santo Evangelio según san Marcos 1, 12-15

En aquel tiempo el Espíritu empujó a Jesús al desierto.

Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas y los ángeles le servían.

**Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía:
-Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed la Buena Noticia.**

Palabra del Señor



HOMILÍA

La vida humana y cristiana, reflejada en este tiempo de cuaresma, se presenta como un tiempo de constante conversión y cambio.

Este primer domingo, la Palabra de Dios nos habla de la “tentación”. La experiencia de sentirnos “tentados” o inducidos al mal es una experiencia cotidiana. El superarla exige un proceso de conversión.

El Evangelio de hoy nos presenta a Jesús tentado por el Diablo en el desierto.

El desierto había sido para el pueblo, el lugar de la prueba. Allí quiso también ser probado Jesús, para salir victorioso y mostrarnos dos cosas:

- que la tentación es inevitable en nuestra vida y
- que debemos vencer –y esto es posible-, al tentador.

San Marcos, no detalla las distintas tentaciones, como san Mateo y san Lucas. Es que todas las tentaciones de Jesús durante su vida en realidad fueron una sola: “vivir una vida cómoda huyendo el camino de la cruz” Pero el Señor, se mantuvo firme como Cordero de Dios y Servidor sufriente.

El “desierto”, es más que un lugar geográfico. El desierto es “ésta” nuestra vida transitoria, durante la cual contamos con las promesas de Dios, pero también debemos pasar por duras pruebas.

Dios llevó a su pueblo elegido primero por “el desierto”, para hacerlo entrar después en la Tierra prometida.

El desierto fue el lugar de las pruebas purificadoras. En él nació el Pueblo de Dios. Allí Dios le dio a su pueblo los mandamientos, y selló su alianza con él.

Pero en ese camino de desierto, el pueblo desobedecía constantemente los mandamientos de Dios.

En Jesús, en cambio, el desierto es el lugar donde puede permanecer unido a su Padre. En la soledad, Jesús está a solas con Dios Padre.

El camino de Jesús por el desierto de este mundo, terminó en la victoria sobre el malo y sobre el mal. Jesús no cayó ante las tentaciones de Satanás. El Señor se mostró como el “más fuerte”.

Y esta lucha contra el enemigo de Dios, Satanás, Jesús la debe comenzar “enseguida”, después de salir del agua bautismal. No es un simple detalle gramatical que el texto diga: “lo llevó al desierto”.

¿A quién el Espíritu llevó?. A Jesús.

Este relato de san Marcos, -el relato de la tentación de Jesús- forma parte del relato de su Bautismo.

No había que perder tiempo para llevar a Satanás a la derrota. El mismo Espíritu Santo, que había descendido sobre el Señor al ser bautizado, inmediatamente lo empujó a enfrentarse con Satanás.

También a nosotros, el Bautismo “no” nos dispone para una vida tranquila y cómoda, sino más bien para una constante lucha contra el espíritu del mal.

Satanás significa “el que confunde”, el “padre de la mentira” y personifica todo lo que hay de malo y opuesto a Dios.

Cuando Dios nos visita, cuando nos da consuelos, es fácil ser diligentes, es fácil servirlo. Cuando Dios parece estar ausente y nos envía trabajos, es cuando verdaderamente se ve si “lo amamos”. Sólo cuando llueven tristezas y pesares sobre el alma, se ve la constancia de los que sirven a Dios.

En esos momentos, aparece frecuentemente la “tentación”.

Cuántas veces hemos pensado que “otras personas”, alejadas de Dios, parecen ser más mimadas por la suerte. Ahí, aparece la “tentación”.

En ese momento, tenemos que unirnos más al Señor, confiar en él, sentirnos más que nunca sus hijos predilectos, porque esas tentaciones, que aparecen como desaliento, como cansancio de que Dios no nos atiende..., son las señales de que el demonio “no nos posee”. Y como “no nos posee”, entonces va tras de nosotros con la tentación. Si nos poseyera, no nos atacaría.

Lo típico de la tentación es que “aparece como una propuesta buena”, de allí la dificultad de discernir y elegir. Debemos descartar la imagen ingenua de que el demonio en persona nos incite a hacer algo malo. En tal caso ni siquiera es una tentación, y no hay esfuerzo alguno en darse cuenta que es algo malo. Lo problemático de las “tentaciones” es su misma apariencia de camino de felicidad, de voluntad de Dios...

Y Dios..., consiente la tentación y la consiente, para su gloria y para nuestro bien, para que nos acerquemos más aún a Él.



Domingo I de Cuaresma: Las tentaciones de Jesús.

El demonio, ataca, a los “amigos de Dios”, y ataca más aún a aquellos “amigos de Dios”, que pueden arrastrar con su caída a otros. Por eso las mayores tentaciones las reciben quienes tienen en sus manos cuidar los “valores” y la “fe” en nuestro mundo de hoy.

Por eso al comenzar esta cuaresma, la Iglesia nos invita a retomar nuestra conversión. Esa conversión, que es un proceso en el cual analizamos nuestra realidad personal y comunitaria y producimos las correcciones necesarias.

Es el tiempo de preguntarnos, qué quiere Dios para el mundo de hoy, para nuestra sociedad, para nuestra familia para nuestra vida personal.

Es un tiempo de oración, de unión más profunda con el Señor, para poder descubrir en nuestra vida lo que tenemos dentro nuestro y que “no es de Dios”.

Vamos a pedirle hoy al Señor, que nos ayude a descubrir, lo que no es suyo y rechazarlo.

Cristo “duerme” en nuestra barca, pero está. El demonio es un enemigo, pero vencido. Si le resistimos y hacemos frente, no puede nada con nosotros.



RECURSOS

Nexo entre las lecturas

La salvación es el punto de convergencia de las lecturas de este primer domingo de cuaresma. Jesucristo es el nuevo Adán, que en el desierto de la tentación y de la oración, salva al hombre de sus tentaciones y de su pecado, y le llama a entrar mediante la conversión y la fe en el Reino de Dios (Evangelio). La salvación de Cristo está como prefigurada en la salvación que Dios realizó con Noé y su familia (la humanidad entera) después del diluvio mediante el arco iris, signo de su alianza salvífica (primera lectura). El arca de Noé, arca de salvación, prefigura en la segunda lectura el bautismo, por el cual el cristiano participa de la salvación que Jesucristo ha traído a los hombres mediante su muerte.

Mensaje doctrinal

1. El hombre necesita salvación. Es una enseñanza constante de la Biblia. Es igualmente una experiencia ínsita en la vida y en la conciencia de cualquier ser humano. El hombre que entra en su interior con sinceridad, descubre en sí unas fuerzas, unos impulsos que lo dominan, unas cadenas que le sujetan y no le dejan respirar libremente ni volar a las alturas que ardientemente anhela. El hombre, aherrojado en sí mismo y en la cárcel de un mundo hostil, busca una mano amiga, busca un redentor, un salvador, que rompa sus cadenas, que le permita volar por los espacios del amor, de la verdad, de la vida. La Biblia nos enseña que hay un solo y único Salvador, que es Dios, que nos ofrece su salvación en Jesucristo. Ante el mundo caótico y pecador de los orígenes, Noé es salvado por Dios y con él, como un nuevo Adán, recomienza Dios una creación nueva, cuyo centro será el respeto a la vida. Este nuevo Adán y esta nueva creación son figura e imagen del novísimo Adán, que es Jesucristo, y de la novísima creación, cuyo centro es la vida nueva, vida de gracia, implantada por la muerte y resurrección de Cristo, y de la que el hombre participa mediante el bautismo. En efecto, “el misterio de Cristo es la luz decisiva sobre el misterio de la creación; revela el fin en vista del cual, ‘al principio Dios creó el cielo y la tierra’: desde el principio Dios preveía la gloria de la nueva creación en Cristo” (CEC, 280).
2. Características de la salvación. A) Salvación universal. El Dios creador de todas las cosas y de todos los hombres, desea también la salvación de todos. Hay, pues, un llamado universal a la salvación. El diluvio (primera lectura), que es como una negra nube sobre el cielo de la salvación, cesa por obra de Dios, que hace resplandecer el arco iris como signo de la alianza salvífica de Dios con la humanidad entera y con el mismo cosmos. Jesucristo nos llama a la salvación invitándonos a entrar en el Reino de Dios por la puerta del bautismo (bautismo de agua y Espíritu, bautismo de sangre, bautismo de deseo); una puerta abierta a todos, sin excepción, ya que por todos Cristo ha muerto y ha vuelto a la vida. El descenso a los infiernos, de que nos habla la segunda lectura, es una manera simbólica de expresar la universalidad de la salvación aportada por Cristo, que se extiende no sólo al presente y al futuro, sino al mismo pasado de la humanidad desde sus mismos orígenes. B) Salvación cierta. No podemos dudar de la fidelidad de Dios, en que se apoya nuestra certeza de salvación. Con la certeza con que aparece el arco iris al salir el sol después de la tormenta, con la certeza con que Cristo ha muerto y resucitado, con esa misma certeza se nos ofrece la salvación de Dios. Nada ni nadie podrá arrancárnosla, como ninguna ley natural podrá borrar el arco iris del cielo ni ninguna ideología hará desaparecer la presencia histórica del Crucificado.
3. La respuesta del hombre. San Marcos resume en dos palabras la respuesta que Jesús espera del hombre ante la presencia del Reino y la oferta de salvación: conversión y fe. “Convertíos y creed al Evangelio” (Mc 1,15). La conversión no es un momento puntual de la vida humana y cristiana; tampoco es la reacción a una ideología que con su fuerza utópica me atrae y me encandila hasta “convertirme”. La conversión cristiana es conversión a la persona de Jesucristo, es decir, dejar otros caminos, por muy atractivos que aparentemente puedan resultar, y tomar el camino de Cristo. Igualmente, la fe con la que somos invitados a responder, no es sólo una fe humana, ni una fe puramente ‘religiosa’, sino fe en Jesucristo, es decir, en su vida y en su doctrina como camino de salvación para el hombre. Una fe que no está unida al misterio de Cristo o que no conduce a Él, es una fe insuficiente, que necesita ser completada e iluminada por la verdadera fe en Cristo Jesús.



Sugerencias pastorales

1. Convertirse no es pecado. El hombre satisfecho de sí mismo, que se siente quizá humanamente realizado, corre el riesgo de pensar que la conversión es casi como una mancha en su vida de hombre honrado, algo indigno de su honor y del concepto que tiene de sí. Sobre todo, cuando la verdadera conversión no sólo es interior, sino que requiere hacerse visible en la vida de familia, en el trabajo profesional, en las relaciones con la sociedad. ¿No será pecado reconocerse pecador? ¿No será pecado dejar un camino que a los propios ojos y a los de los demás parecía recto, impecable, digno de alabanza? Tal vez haya hoy que decir a los hombres, a los mismos cristianos que convertirse no es pecado. En definitiva, es un ejercicio de sinceridad a toda prueba, incluso a prueba de dolor y a costa del prestigio humano. No es pecado reconocerse pecador y querer cambiar, caminar por un sendero diverso al andado, volver quizá a comenzar la vida después de muchos años de existencia. Arrancar el miedo a la conversión, como si se tratase de algo horrendo y pecaminoso, es uno de los objetivos de la cuaresma.

2. Vivir la experiencia bautismal. La mayoría de nosotros hemos sido bautizados cuando teníamos algunos días o meses de vida. En aquel momento nuestros familiares hicieron una gran fiesta, sin que nosotros nos enterásemos de nada. Después, quizás es tradición familiar celebrar el aniversario de ese acontecimiento, o tal vez ese acontecimiento se conserva en el cajón del olvido, del que lo sacamos en alguna ocasión particular nada más. La Iglesia, sin embargo, nos enseña que el bautismo tiene que ser una experiencia vivida todos los días y fundamento de una auténtica espiritualidad cristiana. Vivir diariamente la experiencia del bautismo es vivir la experiencia de la salvación que Cristo nos ofrece día tras día, es vivir nuestra pertenencia a la Iglesia y consiguientemente nuestra adhesión y amor a Ella, es vivir la experiencia de gracia y de amistad gozosa con Dios, es vivir la conciencia de la presencia y acción del Espíritu Santo en nuestro interior, es vivir un proceso de progreso espiritual y de transformación que cada día se repite y que no termina sino con la muerte. En definitiva, vivir la experiencia bautismal es vivir en santidad, cualquiera que sea nuestro estado de vida, nuestra edad y condición, nuestra profesión o tarea en este mundo.